

Jesús, el polemista

(Marcos 2.13—3.6)

Joe Schubert

Estoy convencido de que mucha gente percibe a Jesús como alguien débil y moderado, como el hombre que realmente trató de vivir en paz con todos, y que siempre procuró evitar la controversia. Pero cuando uno lee los relatos del evangelio, desde el comienzo mismo observa que Jesús provocó deliberadamente a ciertos grupos. De hecho llegó a ser imposible de tratar con Él, y la clase dirigente resolvió que la única salida que tenían era eliminarlo.

Marcos 2.13–28 contiene un relato de la clase de controversia que Jesús continuamente suscitó. El meollo de las dos controversias giró en torno al constante énfasis que Jesús hacía en que las personas, todas las personas, son importantes.

I. LA CONTROVERSIA SOBRE LAS PERSONAS CON LAS QUE SE ASOCIABA (2.13–17)

La primera de estas controversias comienza en el versículo 13.

El llamamiento de Mateo

El marco idóneo para ella lo constituye el llamamiento a ser discípulo, que se le hace a Mateo. Así dice el texto:

Después volvió a salir al mar; y toda la gente venía a él, y les enseñaba. Y al pasar, vio a Leví hijo de Alfeo, sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme. Y levantándose, le siguió (vers.^{os} 13–14).

Aparentemente, el nombre de pila de Mateo era Leví. Posiblemente fue Jesús quien le cambió el nombre de Leví al de Mateo. Mateo significa «don de Dios», y tal vez así fue como Jesús percibió al nuevo discípulo.

Mateo vivía y trabajaba en Capernaum, una ciudad en la que Jesús eligió fijar su «domicilio». Era un cobrador de impuestos, y debió de haber

oído a Jesús hablar anteriormente a esta ocasión, en la que Jesús lo llamó a ser Su discípulo. Sorprende en gran manera que Jesús llamara a un hombre como éste, pues la gente de aquel tiempo no quería a los cobradores de impuestos como tampoco los quiere la de hoy día. De hecho, a la mayoría se les odiaba furibundamente. Por lo general, un cobrador de impuestos como Mateo, no era más que un concusionario entrenado, que vivía de cobrarle a la gente impuestos en cuantía mayor que la exigida por ley. A estos cobradores de impuestos no se les pagaba salario, sino que sencillamente se les concedía el privilegio de esquilmar a la gente. Pagaban una comisión al gobierno, y eran libres de guardar para sí mismos el resto de lo que cobraban. Por lo general eran ricos. Sin embargo, algo vio Jesús en Mateo. Conocía su corazón. Cuando Jesús dijo: «Sígueme», dice Marcos que Mateo se levantó y le siguió.

Es probable que de todos los apóstoles, Mateo fue el que tuvo más cosas a las cuales renunciar para seguir a Jesús. Pedro, Jacobo, Juan y Andrés eran pescadores, y ellos en todo momento podían haber vuelto a su oficio de pescar. Los peces todavía iban a estar allí. Las embarcaciones todavía iban a estar a la orilla del lago. No sucedía así con Mateo, que quemó las naves tras sí. En una única acción, en un instante, en un momento decisivo, se despojó él mismo de su propio empleo para siempre. Una vez que les dio la espalda a sus patronos romanos y les dijo: «Renuncio a mi cargo de cobrador de impuestos», su empleo desapareció de una vez por todas. Se necesita ser un gran hombre para tomar una gran decisión, no obstante, alguna vez en la vida de todas las personas, llega el momento de decidir.

El banquete dado por Mateo

Los versículos que siguen describen una escena que probablemente tuvo lugar al día siguiente, y

que se relaciona directamente con el llamamiento de Mateo. Dice Marcos en los versículos 15 al 17:

Aconteció que estando Jesús a la mesa en casa de él, muchos publicanos y pecadores estaban también a la mesa juntamente con Jesús y sus discípulos; porque había muchos que le habían seguido. Y los escribas y los fariseos, viéndole comer con los publicanos y con los pecadores, dijeron a los discípulos: ¿Qué es esto, que él come y bebe con los publicanos y pecadores? Al oír esto Jesús, les dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores.

Evidentemente, Mateo estaba despidiéndose por medio de esta comida, de su antiguo trabajo y sus antiguos amigos. Esta comida constituía también la oportunidad para Mateo de presentarle sus amigos al nuevo Señor de su vida. Era, por lo tanto, una ocasión normal y natural de celebración y regocijo. Cuán singular reunión de pillos debió de haber sido. Todos los cobradores de impuestos de la ciudad, los hombres a los que los escribas y fariseos llamaban pecadores, y los parias de la sociedad estaban sentados allí. Cuando los maestros de la ley judía, los escribas y los fariseos pasaron por la entrada, y desde afuera miraron lo que estaba sucediendo adentro, vieron a Jesús sentado justo en medio de esta gente. Vinieron a los discípulos de Jesús y dijeron: «¿No sabe Él quién es esta gente? ¿Cómo se le ocurre juntarse con esta chusma?». Era obvio que Jesús era amigo de estos hombres. No era que estaba dándoles una conferencia. Sencillamente estaba comiendo con ellos. A los escribas les horrorizó la escena.

¿Qué respondió Jesús? Bien podía haber dicho, como algunos habríamos dicho: «Déjeme pensarlo. Si esa es la opinión de las principales autoridades religiosas, acerca de esto, puede ser que en realidad deba irme de aquí ahora mismo. Si mi influencia se está echando a perder por estar con estos hombres, va a peligrar mi obra. Poner en peligro mi reputación es un precio demasiado alto a pagar por esta clase de gente, de todos modos. A lo mejor es mi deber irme». Pero había algo que Jesús sabía. Sabía que Dios ama aun a los cobradores de impuestos.

Esto es lo que dice Marcos en el versículo 17: «Al oír esto Jesús, les dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores». La respuesta de Jesús es sumamente reveladora. En realidad, en un sentido, coincidió con los escribas y los fariseos. Esto fue lo que en efecto les dijo: «Ustedes tienen razón. Estas personas están

enfermas, y no hay duda de que sufren. Son personas con problemas. Su estilo de vida les ha causado un grave daño. Hay muchas cosas acerca de la vida que ellos no ven bien. Están encubriendo muchas maldades; están cediendo a muchos pecados. Ustedes tienen razón. Son hombres enfermos, pero, ¿en qué otro lugar podría encontrarse un médico? Yo he venido a sanar a hombres que sufren. Así que debo estar donde está la gente que sufre. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento».

Jesús dio a entender muy claramente varias verdades por medio de la respuesta anterior. Que no se nos escapen. En primer lugar, Él subrayó marcadamente que cuando las personas creen que no tienen necesidad de ayuda de parte de Dios, no están en condiciones de ser ayudadas. No hay nada que se les pueda decir. Usted y yo nos encontramos con personas así todos los días. Son autosuficientes y no sienten necesidad de ayuda de parte de Dios ni de nadie más. La mejor manera de tratar a estas personas es sencillamente sonreír y ser amables, y dejarlas que sigan su vida, ya que la vida les enseñará tarde o temprano que están equivocadas. Algún día el mundo se les vendrá abajo—un hijo morirá, el matrimonio se les destruirá, un grave desastre financiero les sobrevendrá, un ser querido se les morirá—y todas sus ilusiones de autosuficiencia se les desmoronarán a sus pies.

La segunda verdad que nuestro Señor reveló en su respuesta es igualmente esencial: Las personas son más importantes que los prejuicios. El cristiano trata a todos bien, cualquiera que sea la apariencia externa o la reputación de ellos. Esta fue la manera como Jesús siempre se acercó a la gente, a toda la gente. Jesús se mostró tal como Él era. Mantuvo la integridad y la creencia en la gente aun en contra de la opinión de Sus críticos.

II. LA CONTROVERSIA SOBRE EL AYUNO (2.18–22)

Una segunda controversia se introduce en el versículo 18.

Y los discípulos de Juan y los de los fariseos ayunaban; y vinieron, y le dijeron: ¿Por qué los discípulos de Juan y los de los fariseos ayunan, y tus discípulos no ayunan? Jesús les dijo: ¿Acaso pueden los que están de bodas ayunar mientras está con ellos el esposo? Entre tanto que tienen consigo al esposo, no pueden ayunar. Pero vendrán días cuando el esposo les será quitado, y entonces en aquellos días ayunarán (vers.^{os} 18–20).

Nuevamente tenemos un grupo de fariseos a

los que les ofende el comportamiento de Jesús. Evidentemente, el día que ocurrió este incidente, era un día de ayuno. La ley de Moisés en realidad estipulaba solamente un ayuno, el del día de la Expiación, Yom Kippur, que todavía observan todos los judíos fieles hasta hoy día. Pero los fariseos, para poder demostrar cuán celosos eran, habían estipulado otros ayunos, pues consideraban que el ayuno era la mejor manera de impresionar a Dios y a las demás personas. Se vestían de cilicio y se ponían ceniza en su rostro. Hundían las mejillas y aparentaban estar demacrados. Querían que las demás personas los vieran y exclamaran: «Vaya, cuán religiosos son». Creían que Dios también podría por casualidad notarlo. En este día de ayuno en particular, estos hombres vinieron a Jesús y dijeron: «¿Por qué los discípulos de Juan y los de los fariseos ayunan, y tus discípulos no ayunan? ¿Acaso no conocen estas tradiciones? ¿Acaso no conocen nuestras reglas? ¿Por qué no observan tus discípulos esta costumbre que hemos tenido por tan largo tiempo?».

Su respuesta

La respuesta del Señor es, otra vez, muy penetrante. Esto es lo que en efecto dijo: «Están totalmente equivocados. Han malentendido la índole de la ocasión. Ustedes creen que es un funeral. Es una boda, y en las bodas no se ayuna. El esposo está aquí. Mientras el esposo esté aquí, hay celebración, regocijo, risas y alegría. Pero llegará el momento cuando el esposo ya no estará aquí, y entonces ustedes ayunarán».

Hay por lo menos un elemento de predicción en las palabras que dijo. Dijo: «Pero vendrán días cuando el esposo les será quitado». Él era el esposo. Estaba lanzando su mirada al futuro, al día en que la cruz sería una realidad. Sabía que la cruz le esperaba. En ese momento del futuro iba a estar bien ayunar y hacer llanto.

Este incidente nos dice algo importante. Que no se le escape. La actitud característica del cristiano para con la vida, es de regocijo. Por cientos de años, los judíos adoraron en el templo —llevaron a cabo servicios solemnes, ceremoniales y ritualistas que se centraron en el sacrificio y en el silencio delante de la omnisciencia de Dios. Jesús les estaba enseñando que una nueva relación había venido con el esposo, Él mismo, una relación que sólo se puede expresar en términos de gozo, alegría y celebración. Jesús estaba comentando acerca de los radicales cambios en el carácter de la adoración que ocurren cuando las personas llegan a estar conscientes de una relación con Él. El concepto veterotestamentario de adoración recalcaba la

solemnidad, el silencio y la austeridad. Pero Jesús dijo: «No es así; en lugar de ayuno, es banquete. En lugar de cilicio, es túnica. En lugar de solemnidad, hay regocijo. En lugar de ser un funeral, es una boda». Una de las razones por las que muchas personas se han apartado de la iglesia hoy día es porque la adoración de ésta ha sido muy a menudo malsana, aburrida y apagada. El espíritu de la adoración, según señala Jesús, es un espíritu de alegría, de entusiasmo y de gozo, parecido al que uno experimentaría en un banquete de bodas.

Sus ilustraciones

Jesús sabía muy bien que todo lo anterior era un concepto nuevo para los judíos. También sabía que Su comportamiento y estilo de vida eran radicalmente diferentes de los del maestro judío ortodoxo. También sabía cuán difícil era para la mentalidad de las personas aceptar verdades nuevas. Por lo tanto, usó dos vívidas ilustraciones para subrayar Su punto. Esto dijo en los versículos 21 y 22:

Nadie pone remiendo de paño nuevo en vestido viejo; de otra manera, el mismo remiendo nuevo tira de lo viejo, y se hace peor la rotura. Y nadie echa vino nuevo en odres viejos; de otra manera, el vino nuevo rompe los odres, y el vino se derrama, y los odres se pierden; pero el vino nuevo en odres nuevos se ha de echar.

Nadie pudo ilustrar lo anterior mejor que Jesús. Cuán capaz fue Él de tomar cosas comunes de la vida diaria y entretejer de ellas una ilustración para poner en términos claros, vívidos y frescos lo que estaba diciendo. Esto fue lo que dijo: «Ya pasó el tiempo cuando se remendaba lo viejo con lo nuevo». ¿Qué quiso dar a entender con esta expresión? Quiso decir que las nuevas relaciones requieren nuevas expresiones, y que los nuevos conceptos que Jesús estaba introduciendo son demasiado poderosos para ser contenidos en los antiguos moldes, las antiguas ceremonias, las antiguas ordenanzas. La verdad nueva es a menudo muy difícil de aceptar, y suele provocar precisamente la clase de controversia que Jesús enfrentó aquí con los judíos tradicionales.

III. LA CONTROVERSIA SOBRE EL DÍA DE REPOSO (2.23—3.6)

En el siguiente párrafo, Marcos introduce la primera de dos controversias en las que Jesús se vio envuelto a causa de la observancia del día de reposo. Las leyes acerca del día de reposo constituyeron la fuente de turbulentas relaciones entre Jesús y los judíos.

El primer incidente

El primero comienza en el versículo 23.

Aconteció que al pasar él por los sembrados un día de reposo, sus discípulos, andando, comenzaron a arrancar espigas. Entonces los fariseos le dijeron: Mira, ¿por qué hacen en el día de reposo lo que no es lícito? Pero él les dijo: ¿Nunca leísteis lo que hizo David cuando tuvo necesidad, y sintió hambre, él y los que con él estaban; cómo entró en la casa de Dios, siendo Abiatar sumo sacerdote, y comió los panes de la proposición, de los cuales no es lícito comer sino a los sacerdotes, y aun dio a los que con él estaban? También les dijo: El día de reposo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del día de reposo. Por tanto, el Hijo del Hombre es Señor aun del día de reposo (vers.^{os} 23-28).

Las anteriores fueron palabras duras para aquellos hombres. Una vez más, un incidente pone a Jesús en enfrentamiento directo y controversia inmediata con los fariseos.

Sus discípulos estaban haciendo lo que habría sido perfectamente aceptable cualquier otro día entre semana. No estaban robándole a un granjero. La ley de Moisés decía que un viajero tenía derecho de tomar y comer el grano, siempre y cuando no usara la hoz ni la guadaña. El problema con esta acción de ellos, era que la habían hecho el día de reposo. Los dirigentes judíos habían dicho: «No hay trabajo alguno que se deba hacer el día de reposo. Arrancar una espiga y comer el grano es trabajo; por lo tanto, ustedes han violado las normas del día de reposo». Habían puesto alrededor del día de reposo un cerco de 101 prohibiciones diversas que ellos habían inventado.

El día de reposo había sido dado originalmente para darle descanso y recreación al hombre. Observado correctamente era un gozo. Pero los fariseos lo habían restringido tanto con sus miles de interpretaciones tan nimias de lo que significaba no trabajar el día de reposo, que lo convirtieron en una verdadera carga.

Considere el siguiente ejemplo. Los fariseos decían que era permitido que un hombre escupiera sobre una piedra el día de reposo, pero si el hombre escupía en tierra y la saliva hacía barro, eso era ilícito. Era trabajo, pues se había hecho barro. Por lo tanto, era perfectamente lícito escupir sobre una piedra el día de reposo, pero no se podía escupir en tierra. No sorprende en modo alguno que pensarán que era ilícito arrancar una espiga y comer el grano el día de reposo.

Lo que los discípulos hicieron, no era una violación de la ley del día de reposo de Dios.

Era solamente una violación de ridículas interpretaciones farisaicas de la ley. Por supuesto, según consideraban los fariseos, sus normas humanas estaban a la altura de la inflexible ley de Dios. Este es un punto de vista que los cristianos deben siempre considerar erróneo.

Jesús les baja los humos con la misma espada de ellos: las Escrituras. Se dirigió a estos expertos y les dijo: «Hombres, ¿no han leído ustedes 1° Samuel 21? David y sus hombres tenían hambre cuando llegaron al tabernáculo. Entró en éste y tomó de los panes de la proposición y comió y les dio de comer a sus hombres porque se estaban muriendo de hambre. Sólo a los sacerdotes les era lícito comer este pan». Los panes de la proposición del tabernáculo incluían doce panes de molde, uno por cada una de las doce tribus de Israel. Después de que este pan había estado sobre la mesa durante una semana, podía entonces ser comido, pero solamente por los sacerdotes. La ley de Moisés era clara sobre este asunto. Jesús dijo: «Me imagino que, como conocen muy bien las Escrituras, ustedes saben acerca de ese incidente de 1° Samuel 21. Hizo lo que, según la ley, era ilegal. Pero ustedes no lo condenan por ello. ¿Por qué, entonces, hallan falta en mis discípulos?». El argumento de Jesús es este: «Cuando David tuvo hambre, él comió los panes de la proposición, un acto reconocidamente ilícito. Sin embargo, ustedes los fariseos lo justifican. Mis discípulos recogieron grano el día de reposo porque tenían hambre, algo que la ley de Dios permite, y ustedes los condenan. Su propia lógica los condena a ustedes».

Habiendo así aplastado eficazmente a los fariseos en su propio terreno, Jesús agrega en los versículos 27 y 28: «El día de reposo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del día de reposo. Por tanto, el Hijo del Hombre es Señor aun del día de reposo». La frase «El día de reposo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del día de reposo», lleva implícita la gran verdad en el sentido de que cuando la satisfacción de necesidades humanas entra en conflicto con la observancia del día de reposo, se le da prioridad a satisfacer la necesidad humana. Jesús podía juzgar correctamente el asunto porque Él era Señor del día de reposo. Esto sacó el asunto del ámbito de la lógica y lo colocó dentro del ámbito de la autoridad divina. La interpretación legalista de los fariseos, de las normas del día de reposo, era errónea. Estorbaban al hombre en lugar de ayudarlo. El día de reposo fue dado para proporcionarle al hombre un día de descanso, no para impedirle comer cuando tuviera hambre.

El argumento de los fariseos en esta ocasión es parecido al punto de vista de los que sostienen que a una persona no se le puede hacer una transfusión de sangre cuando se está muriendo porque Hechos 15 les prohíbe a los cristianos comer sangre. Ninguna de las leyes de Dios tiene como propósito que se le interprete de modo que les haga daño a los hombres, sino que les ayude. Jesús da a entender esto claramente. Si la religión de un hombre le impide ayudarle a alguien que tiene necesidad, entonces tal religión es errónea, por más logística que cite para darle sustento a su posición. Esta es la razón por la que Jesús les dice lo siguiente a los fariseos en el relato que hace Mateo del mismo incidente: «Misericordia quiero, y no sacrificio, [...]» (Mateo 12.7). Las personas importan. Las personas deben ser tomadas en cuenta.

El segundo incidente

Inmediatamente después del incidente sucedido en los sembrados, Jesús es acusado de otra violación del día de reposo. Esta se encuentra en los primeros seis versículos del capítulo tres.

Otra vez entró Jesús en la sinagoga; y había allí un hombre que tenía seca una mano. Y le acechaban para ver si en el día de reposo le sanaría, a fin de poder acusarle. Entonces dijo al hombre que tenía la mano seca: Levántate y ponte en medio. Y les dijo: ¿Es lícito en los días de reposo hacer bien, o hacer mal; salvar la vida, o quitarla? Pero ellos callaban. Entonces, mirándolos alrededor con enojo, entristecido por la dureza de sus corazones, dijo al hombre: Extiende tu mano. Y él la extendió, y la mano le fue restaurada sana. Y salidos los fariseos, tomaron consejo con los herodianos contra él para destruirle.

Si Jesús se hubiera dejado llevar por la cautela y la prudencia en este incidente en particular, Él habría hecho planes para mirar por dónde pasar sin encontrarse con este hombre de la mano seca, pues Él sabía que sanarlo equivalía a buscarse problemas. La actitud del judío ortodoxo para con el día de reposo, como hemos hecho ver, era rígida e inflexible. Por lo tanto, Jesús sabía que los fariseos estaban esperando y acechando. Para Jesús, este era otro juicio para sentar jurisprudencia, y le hizo frente directa y justamente. Deliberadamente llamó al hombre al centro e hizo que la atención se dirigiera a él, por decirlo así, y dijo: «¡Miren! No quiero que ninguno de ustedes se pierda esto. Quiero que todos vean lo que voy a hacer». Mientras el hombre estaba en medio de ellos, Jesús se dirigió a los fariseos e hizo la penetrante pregunta: «¿Es lícito en los días de reposo hacer bien, o hacer mal?». Pero ellos se quedaron callados. No se atrevieron a

referirse a la pregunta. Si decían: «Es lícito hacer bien en los días de reposo», justificaban lo que Jesús estaba a punto de hacer. Si decían: «No es lícito que sanes a este hombre», habrían dicho, en efecto: «Es lícito hacer mal», porque no sanar al hombre sería malo. Si hubieran adoptado tal posición habrían perdido la apariencia de su propia justicia a ojos del pueblo.

Puede que Jesús también haya estado diciendo con esta pregunta: «¿De quiénes son los pensamientos que están más acordes con el espíritu del día de reposo, los de ustedes o los míos? Estoy pensando en este momento que me encuentro aquí este día de reposo, en hacer bien, en sanar a este hombre de la mano encogida, y sé que en los corazones de ustedes, están pensando en hacer mal este día de reposo, porque están pensando en matarme. ¿Cuáles de los pensamientos nuestros son más conformes con el espíritu del día de reposo?». No es de extrañar que guardaran silencio. Los pilló. Ellos lo sabían.

Marcos relata que la reacción inmediata de los escribas y los fariseos fue de tanto enojo por la amenaza que Jesús representaba para la posición favorable que ellos tenían, que acto seguido salieron y se juntaron con los enemigos de ellos, los herodianos, para buscar la manera de destruirlo. Esto fue lo que Jesús siempre hizo con la maldad. La sacó a la luz donde fuera visible a todos.

CONCLUSIÓN

Todo lo anterior se parece a la persona de hoy día que cree que la religión consiste en ciertas acciones externas —ir a la iglesia, leer la Biblia, orar antes de comer— y que a pesar de todo ello, no muestra compasión ni sensibilidad para con la verdadera necesidad humana.

Alguien me hizo partícipe de un extracto de un pequeño libro llamado *God Is No Fool (Dios no es tonto)*, de Lois Channing. Ella le puso por título: «Reflexiones sobre la naturaleza de la vida cristiana». Esto es lo que dice:

¿Alguna vez, ¡ay!, con sumo cuidado explicaste exactamente cómo eran las cosas, cómo funcionaban y por qué funcionaban, para después quedar tranquilo, lleno de satisfacción? Luego oíste a alguien repetir lo que dijiste, ¡ay!, con tanto cuidado, y tú apenas lo reconociste, y en tu mente exclamaste: «¡Eso no fue lo que quise decir!». Hay momentos, momentos de engreimiento, cuando hablo acerca de Dios, cuando oro acerca de Dios, cuando trabajo para Dios, ciertos momentos, momentos de engreimiento, cuando estoy muy ocupado en la iglesia, por la iglesia, alrededor de la iglesia, y me pregunto si Dios no estará suspirando, o

susurrando, o diciendo, o gritando: «¡Eso no fue lo que quise decir!».

Jesús siempre fue sensible, tanto en palabra como en acción, a las reglas y normas, pero Él insistió en que ninguna regla debe interpretarse de modo que prive a los hambrientos, a los necesitados, a los desesperados o a los débiles. Siempre se opuso a esa clase de interpretación porque era errónea. Jamás fue propósito de Dios. El motivo que está detrás de todas las leyes de Dios es Su interés por la gente. Dios nos ha dado Sus leyes para ayudarnos, para mostrarnos cómo lograr lo

máximo de esta vida y del más allá. Las leyes de Dios deben en última instancia ser interpretadas y entendidas a la luz de Su profundo e inescrutable amor por cada uno de nosotros.

En palabras del salmista: «Los que buscan a Jehová no tendrán falta de ningún bien. No quitará el bien a los que andan en integridad». Jesús agrega en el Nuevo Testamento: «Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia». La buena vida es la que se vive en comunión con Dios. Él es el único que puede decirnos de qué trata la vida y cómo ha de ser vivida.

©Copyright 2002, 2006 por La Verdad para Hoy
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS